



Papeles del CEIC

E-ISSN: 1694-6495

papeles@identidadcolectiva.es

Universidad del País Vasco/Euskal

Herriko Unibertsitatea

España

Muriel, Daniel

ALFONSO PÉREZ-AGOTE Y EL OFICIO DE SOCIOLOGO

Papeles del CEIC, núm. 3, 2015, pp. 1-11

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Vizcaya, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=76543092005>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



ALFONSO PÉREZ-AGOTE Y EL OFICIO DE SOCIOLOGO

Alfonso Pérez-Agote and the Craft of Sociology

Daniel Muriel*

* Universidad del País Vasco / University of Salford

daniel.muriel@ehu.eus

Resumen

En este artículo reflexiono sobre los fundamentos del oficio de sociólogo a partir de un axioma extraído de los preceptos teóricos de Alfonso Pérez-Agote, por el que la labor esencial del científico social descansa en aproximarse a las representaciones sociales que hacen los actores de la realidad en la que viven sin definirla de antemano. Este principio es puesto bajo la lupa crítica de ciertas corrientes contemporáneas posestructuralistas y matizado en consecuencia, sin renunciar, por ello, a su validez como fundamento que ha de regir el oficio sociológico.

Abstract

Drawing on an axiom extracted from the works of Alfonso Pérez Agote, I reflect on the fundamentals of the craft of sociology in this paper. According to this, the essential role of the sociologist relies on approaching the social representations of reality made by the actors who live in it without defining it a priori. This premise is subject to scrutiny using certain contemporary poststructuralist traditions in order to be nuanced, without renouncing to its validity as a fundament that should rule the craft of sociology.

Palabras clave

Alfonso Pérez-Agote
Sociología
Identidad
Representación
social

Keywords

Alfonso Pérez-Agote
Sociology
Identity
Social representation

Muriel, D., 2015, "Alfonso Pérez-Agote y el oficio de sociólogo", en *Papeles del CEIC*, vol. 2015/3, nº 136, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://dx.doi.org/10.1387/pceic.14546>

Recibido: 05/2015; Aceptado: 06/2015

1. INTRODUCCIÓN

He tenido la suerte de haberme cruzado con Alfonso Pérez-Agote en diversas fases de mi carrera académica. Recuerdo que la primera clase de sociología que recibí fue impartida por Alfonso, allá por septiembre de 1999 en la Universidad del País Vasco, en lo que eran mis primeros compases para la obtención de la licenciatura; los primeros pasos, pues, para aprender el oficio de sociólogo. El hecho de que mi primer contacto con el complejo proceso de aprendizaje de la sociología —aunque todos ejerzamos de un modo u otro algún tipo de etnociología— fuera a



través de Alfonso, no puede ser si no una feliz coincidencia. Después de todo, él siempre parece haber estado cerca en los inicios de aquellos hitos que han marcado de forma fundamental mi visión, siempre encarnada, de cómo ha de ejercerse la sociología: en la licenciatura, en mi entrada al Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva, o en los cursos de doctorado que cursé cuando él ya estaba, de vuelta, en la Universidad Complutense de Madrid.

Y de todas sus enseñanzas y enriquecedoras discusiones teóricas, siempre inundadas por el calor de su experiencia empírica, me gustaría destacar un valor fundamental, eso que va más allá de los casos particulares o las disquisiciones más abstractas: cómo abordar en su base, en su esencia, el ejercicio de esta profesión, esto es, cómo entender el oficio de sociólogo. Una labor, por cierto, más costosa y plagada de dificultades de lo que puede aparentar en un principio.

Aunque el debate es tan viejo como la ciencia sociológica misma, Pierre Bourdieu dedicó grandes esfuerzos, al igual que muchos otros sociólogos, a intentar dilucidar cuál son los fundamentos que el sociólogo ha de sostener para desempeñar adecuadamente su actividad. Identificó, de este modo, cuál era la principal dificultad que el científico social en general y el sociólogo en particular debían afrontar:

"Las ciencias sociales y, sobre todo, la sociología, tienen un objeto demasiado importante (...) y acuciante, desde el punto de vista de la vida social, del orden social y del orden simbólico, para que se les conceda el mismo grado de autonomía de las restantes ciencias" (Bourdieu, 2003: 151).

¿Por qué es tan importante para incluso no disfrutar del mismo grado de libertad que otras ciencias? Porque afecta de forma dramática al qué y cómo somos. Más aún, afecta al cómo y qué deberíamos ser. Lo esencial no es que represente y ordene la realidad a la que se aproxima, eso lo hacen todas las ciencias, sino que influye en la construcción de una realidad particular, la social, que nos afecta como individuos y colectivos, como sociedades y comunidades, como ciudadanos y seres humanos. La sociología participa peligrosamente en la construcción de regímenes de conocimiento —más aún, de verdad— que determinan la vida social y su estructura.

Es cierto que otras ciencias, como la antropología, la biología, la medicina, la economía o la psicología por citar algunos de los casos más obvios, también tienen su peso en esta demarcación de lo social, pero es



plausible pensar que “los límites entre el saber común y ciencia son, en sociología, más imprecisos que en cualquier otra disciplina” (Bourdieu et al., 2002: 99). Ante esa imprecisión, ante la casi imposibilidad de dirimir los límites entre uno y otro, el sociólogo se muestra como el sujeto que hace malabarismos para moverse entre ambos terrenos sin ser fagocitado en el intento.

Por lo tanto, ¿cuál es el principio fundamental que rige la labor del sociólogo y que Alfonso Pérez-Agote señala tan acertadamente? Que el papel del sociólogo es acercarse a las representaciones sociales que hacen los actores de la realidad sin definirla de antemano o con las menores prenociónes posibles, eludiendo de forma explícita sancionar ninguna representación particular como verdadera o falsa.

A pesar de su aparente sencillez y contundencia, no deja de ser un enunciado trufado de ambigüedades y claroscuros: ¿qué o quiénes podemos considerar como actores? ¿Es el sociólogo un actor más? ¿Qué constituye una representación? ¿Cuál es la unidad de observación básica? ¿Es posible abordar una realidad sin hacer uso de definiciones previas de lo que queremos abordar? ¿Qué número o nivel de prenociónes es asumible? En lo que sigue, y apoyándome en las enseñanzas de Alfonso y otros, trataré de dar respuesta a estos interrogantes al tiempo que mantengo la proposición inicial.

2. EL OFICIO DE SOCIOLOGO

Me pregunto, ¿es nuestra labor como sociólogos denunciar que la religión es el opio del pueblo tal y como pregona cierta sociología crítica? ¿Es nuestro cometido levantar el velo ideológico que impide a los sujetos ver la realidad “tal cual es” y tomar conciencia de su posición en el engranaje social? ¿Acaso es cierta la proposición? Mostraré a continuación cómo responde Alfonso Pérez-Agote a estas cuestiones, y por qué su respuesta es clave para entender el oficio de sociólogo.

En uno de los apartados de una de sus obras clave, la que ciertamente tuvo un mayor impacto en mí como joven aprendiz de sociólogo, Alfonso aborda la cuestión de la identidad colectiva —el objeto predilecto de la sociología (Gatti, 2007)— y su dimensión política. En él, plantea que el científico social no puede “dirigir su investigación, al menos únicamente, hacia el juicio de la validez u objetividad del discurso racionalizador de la identidad” (Pérez-Agote, 1986: 39). Ante el



caso que estudia, la pregunta *¿es Euskadi una nación?*, nunca podría considerarse un comienzo aceptable desde el punto de vista del sociólogo, pues presupone que "poseemos un concepto a priori de nación y que nuestra metodología nos debe conducir a comprobar si la realidad social en cuestión cumple los requisitos preestablecidos" (Ibidem).

Para Alfonso resulta de capital importancia evitar el riesgo de "disolver la significación social de un fenómeno en un burdo juicio de valor" (Ibid.: 35), o lo que es lo mismo, achacar las representaciones sociales de la realidad a lo irracional, a la proyección de imágenes erróneas o a deformaciones ideológicas. Después de todo, incluso si abordáramos la cuestión de las creencias religiosas, ¿no sería absurdo plantearse su falsedad o veracidad? La creencia, con independencia de su fundamentación, "existe objetivamente" (Ibid.: 40), es decir, tiene efectos de realidad, está imbuida de existencia social. El propio Alfonso subraya de este modo la importancia performativa del discurso social, que no tiene por qué emanar de la autoridad que brindan, hipotéticamente, la objetividad científica o la oportunidad política:

"La fundamental importancia que tienen los discursos sociales sobre la identidad no provienen de su mayor o menor objetividad científica ni de su mayor o menor oportunidad política, sino de la capacidad que tengan de conformar la realidad" (Ibid.: 43).

Las representaciones sociales de la realidad son, por lo tanto, parte de esa realidad que representa y a la que da forma. Pero entonces, ¿no son acaso las descripciones sociológicas representaciones de la realidad? ¿No es el sociólogo un actor social más dentro del mundo que intenta describir? Es más, ¿no es un agente con mayor legitimidad para construir el relato de lo social por su status privilegiado sobre la realidad a la que se acerca gracias a su entrenamiento y a los métodos de los que dispone? En este sentido, el modelo que Latour propone para dividir los objetivos buscados por las ciencias sociales en tres tareas diferentes y consecutivas, nunca simultáneas, puede ayudar a esclarecer la respuesta a los interrogantes planteados, reforzando así la propuesta de Alfonso Pérez-Agote.

Si la sociología es la *ciencia de la vida en común*, es lógico pensar que entre sus metas se encuentre (i) documentar las diversas formas en las que lo social es construido por sus miembros, (ii) poner fin a las



controversias sobre lo social mediante la limitación del rango de entidades que actúan en el mundo, e intentando resolver la cuestión social al (iii) ofrecer algunas fórmulas para la acción política (Latour, 2007: 160). Para Latour no habría nada incorrecto en ello, el único matiz descansaría en que son tareas que habría que llevar a cabo de forma sucesiva, no simultánea. El peligro consiste en confundir las tareas, en no respetar el orden que las condiciona.

El peor de los escenarios es, precisamente, confundir la última tarea (iii)—la que comprende la implicación sociológica en la construcción política— con las otras dos (i y ii)—propias del proceder sociológico como ciencia—. Es el momento en el que el sociólogo pregunta “qué es la sociedad y hacia dónde se dirige” (*Ibid.*: 161), imponiendo su propia definición. Latour considera que si bien pudo ser útil como estrategia intelectual cuando la sociología comenzaba a establecerse como ciencia, ahora mismo es desastrosa. Los tiempos de los legisladores (Bauman, 1989) y los inventores de lo social (Donzelot, 2007) han de dar paso a unas ciencias sociales y humanas que se relacionen con su objeto de forma diferente.

De nuevo, tal y como Alfonso plantea, la labor del sociólogo no es determinar la veracidad o esencia de un fenómeno o realidad social, sino dejar que los actores desplieguen sus controversias sin imponer de antemano categorizaciones preexistentes, reutilizando, en la medida de lo posible, su propio lenguaje. El científico social no debería dirigir su investigación hacia el juicio de validez del discurso racionalizador de la identidad, sino hacia “los mecanismos que efectivamente actúan en el proceso social” (Pérez-Agote, 1986: 39). De este modo si, por ejemplo, teóricos marxistas concluyen que el proletariado está alienado, sería preciso en todo caso investigar los mecanismos sociales por los que se llegaría a producir esta alienación y no considerar de antemano que explica lo que está ocurriendo (*Ibid.*: nota 46). De hecho, habría que cuestionarse si la alienación es la noción adecuada para abordar la realidad de los trabajadores en un contexto social determinado.

Resulta de capital importancia, entonces, permitir que los diversos actores sociales que participan en los procesos y situaciones que los sociólogos estudian, desarrollen su actividad y manifiesten las controversias en las que se ven envueltos. Es por esto que Latour defiende el uso de un *infralingüaje* que permite que el lenguaje de los actores predomine sobre el de los analistas (2007: 49), lo que no supone



que el sociólogo no pueda realizar abstracciones propias a partir de ahí o que tome prestadas determinadas fórmulas ya establecidas y sean puestas en juego en su investigación (como la de la alienación): el objetivo es estar atento a las distintas formas de ver y categorizar el mundo que despliegan los actores, intentando aprovechar esa riqueza para la propia descripción sociológica.

Así, una vez hecho esto, quedaría plantearse cómo implicarnos de forma activa en los colectivos que queremos construir. Pero este paso debería, en la medida de lo posible, estar separado de la labor del sociólogo como descriptor de representaciones sociales de la realidad. El sociólogo, tan imbricado por definición en las poderosas ficciones políticas de las que inexorablemente participa, ha de poner en juego todo su oficio para, precisamente, salvaguardarlo.

3. PROBLEMATIZANDO EL OFICIO DE SOCIOLOGO

A pesar de lo dicho, existen al menos dos cuestiones que es necesario abordar y que problematizan, al menos parcialmente, la concepción del oficio de sociólogo defendida en este texto: por un lado, la inevitable implicación, más o menos directa y más o menos buscada, del sociólogo en la construcción de realidades sociales, independientemente de su esfuerzo por distanciarse de la realidad que estudia; por otro lado, la misma noción de actor social y el cuestionamiento de la representación y el fenómeno como unidades de observación de la sociología.

Respecto al primer problema, su origen deviene de la propia naturaleza del sociólogo como actor social, de la que no puede despegarse y que, de acuerdo con Bourdieu, tiene efectos inevitables sobre la realidad a la que se acerca:

"Los hechos sociales están construidos socialmente, y todo agente social, como el científico, construye de mejor o peor manera, y tiende a imponer, con mayor o menor fuerza, su singular visión de la realidad, su punto de vista. Es la razón por la que la sociología, quiéralo o no (y las más veces lo quiere), tome partido en las luchas que describe" (2003: 153).

Problema de calado, pues. El sociólogo, aunque quisiera demorar su participación en ese tercer paso, momento en el que sería aceptable que participara políticamente y que tomara partido, parece condenado a sustentar determinadas versiones de la realidad en detrimento de otras antes de lo que pudiera pretender. Incluso el simple ejercicio de su labor,



aunque no diera el último paso, participar de forma activa y explícita en el tipo de realidad social que quiere construir, el sociólogo influirá en el mundo que le rodea. En última instancia, el “analista forma parte del mundo que intenta objetivar y la ciencia que produce no es más que una de las fuerzas que se enfrentan en ese mundo” (*Ibid.*: 154). Es ser consciente de que “la verdad es el objetivo de luchas tanto en el mundo científico (el campo sociológico) como en el mundo social que ese mundo científico toma como objeto” (*Ibid.*: 197).

Sin embargo, este problema no invalida el planteamiento propuesto, ya que aun a sabiendas de que la realidad quedará afectada de uno u otro modo, puesto que el relato sociológico no deja de ser una representación más que informa la realidad, se tratará de una representación que ha sido respetuosa con el despliegue que los propios actores sociales han puesto sobre la mesa. Esto debería ser visto, antes que como una distorsión, como una mediación¹ más, una de tantas que (re)producen y dan sustento a la realidad social.

El segundo problema supone una amenaza más seria a esta versión del oficio de sociólogo que he propuesto aquí inspirándome en Alfonso Pérez-Agote. Hace alusión en primer lugar al actor social, cuyas representaciones son las que deberían interesar al sociólogo. ¿Quién puede computar como actor social? ¿Los actores exclusivamente humanos? Es cada vez menos novedoso señalarlo, pues crecientemente tiende a ser aceptado el hecho de que otros actores no-humanos son también fundamentales para entender cómo se sostiene la realidad social que nos envuelve. La agencia, entonces, se abre a múltiples encarnaciones, ya que “puede ser ocupada por las más heterogéneas mezclas de humanos y no-humanos” (García Selgas, 2007: 144). Así, puede encarnarse en fórmulas muy distintas sin pasar por ningún actor estándar o que deba considerarse social en el sentido que tradicionalmente se le ha podido dar en la sociología (Latour, 2007: 75-77). En última instancia, ¿acaso “no está hecha la sociedad literalmente —y no metafóricamente— de dioses, máquinas, ciencias, artes y estilos?” (Latour, 1993: 54).

¹ John Law define la mediación como “el proceso por el que se actúan relaciones entre entidades a las que se les da forma como parte de ese mismo proceso” (2004: 161). Son entidades y relaciones que no preexisten, sino que se están constituyendo en el momento de llevarse a cabo: “La mediación es un giro hacia lo que emerge, a lo que se da forma y que es compuesto, lo que no puede ser reducido a una interacción de objetos causales y personas intencionales” (Gomart y Hennion, 1999: 226).



Pero este no es el verdadero problema, es lo que ello implica a la hora de hacer sociología desde este prisma. Si los no-humanos, las prácticas, los estilos, el saber-hacer y otros elementos que no tienen por qué producir discursos y representaciones, aunque puedan participar de ellos, también deberían tener cabida en el relato sociológico, ¿cómo seguir manteniendo la aproximación sociológica propuesta? ¿Qué ocurre con este acercamiento que descansa fuertemente en la fenomenología? Es momento, entonces, de abordar los aspectos materiales y no discursivos de la realidad social, e incorporarlos a nuestros análisis sin salirse —al menos totalmente— de la premisa principal: que lo importante es la realidad que ese conjunto de actores, humanos y no-humanos, están construyendo juntos, sin caer en la tentación de pretender validarla o falsarla como si de un enunciado científico se tratara.

El problema con los objetos, las prácticas, o los no-humanos como agentes es que tienden a desaparecer en seguida, no se mantienen tan activos. A diferencia de un ser humano, que suele ser una fuente inagotable de datos, de generación de rastros, especialmente por la reflexividad y posibilidades de mediación que le confiere su capacidad discursiva —en tanto que acción mediadora, no como ninguna expresión de un yo o una psique interior—, los no-humanos, si están *callados* —inertes o ininteligibles— se convierten en invisibles y no generan rastros, lo que los devuelve a una posición ciega en la que dejan de actuar como agentes (o al menos impide que sean sociológicamente rastreables). Lógicamente, aunque no se vean o no se escuchen, no implica que dejen de actuar, lo que ocurre es que su modo de acción “ya no está relacionado visiblemente con los vínculos sociales usuales” (Latour, 2007: 80).

De ahí que para aquellos científicos que trabajan casi exclusivamente con elementos no-humanos (un físico, un geólogo, un químico), sea tan necesario la construcción de condiciones experimentales: los laboratorios y la conducción de experimentos no dejan de ser espacio-tiempos de excepción extremos —en tanto que suspensiones o modificaciones controladas y parciales de las condiciones sociomateriales de existencia vigentes—, que fuerzan a los no-humanos a conducirse de modos visibles y rastreables.

Latour plantea diversas formas de mantener activos a los no-humanos, especialmente a los objetos, con la intención de mantenerlos agitados, en movimiento, para que así sean visibles y rastreables durante más



tiempo (*Ibid.*: 79-82). Primero, las pruebas a las que son sometidos en laboratorios u otros escenarios de experimentación (en sociología, por ejemplo, mediante etnografías y observaciones participantes). Segundo, la distancia —que puede ser en el tiempo, en el espacio, en las capacidades, en los usos culturales— vuelve extraños a los objetos y las relaciones en las que están inmersos, por lo que permite eludir los datos por supuestos y cuestiona los alineamientos. Tercero, los accidentes, mostrando la inestabilidad de las articulaciones y la mediación que ponen en juego los no-humanos. Cuarto, sacarlos a la luz, aunque sea algo más difícil, mediante el acceso a archivos, memorias, colecciones y a los propios relatos de los humanos que hayan estado previamente en contacto con ellos o que los hayan estudiado en profundidad (aquí las entrevistas y los grupos de discusión pueden ser de gran utilidad). Por último, la ficción, como los experimentos del pensamiento, las situaciones hipotéticas, la literatura, el arte, o el cine que permiten pensar a los objetos de forma más fluida y donde su relación con los humanos adquiera algún tipo de sentido.

Con estas fórmulas, con la posibilidad de extender nuestras herramientas para *interrogar* también a otros actores no necesariamente humanos, entonces es posible seguir la máxima propuesta por Alfonso. El cuestionamiento, si lo es, sería en todo caso de la inevitabilidad de cualquier formación social existente, lo que siguiendo a Foucault nos situaría en la órbita del objeto de la genealogía que “agita lo que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido; muestra la heterogeneidad de lo que imaginábamos conforme a sí mismo” (Foucault, 2004: 29).

4. CONCLUSIONES

Antes de cerrar el texto, donde se ha expuesto una directriz básica que siempre ha orientado la sociología de Alfonso Pérez-Agote por la que se establece que la labor del sociólogo es abordar la realidad social construida por sus actores sin entrar en su validez científica o política a priori, cabe realizar una última advertencia. La del riesgo que existe de convertir este precepto —cualquiera en realidad— en receta científica:

“A la tentación que siempre surge de transformar los preceptos del método en recetas de cocina científica o en objetos de laboratorio, sólo puede oponérsele un ejercicio constante de la vigilancia epistemológica que, subordinando el uso de técnicas y conceptos a un examen sobre las condiciones y los límites de su



validez, proscriba la comodidad de una aplicación automática de procedimientos probadas y señale que toda operación, no importa cuán rutinaria y repetida sea, debe repensarse a sí misma y en función del caso particular" (Bourdieu et al., 2002: 16).

Aunque en el apartado anterior ya se habían introducido una serie de matices que reconciliaban la propuesta con otros preceptos básicos que han inundado la sociología en las últimas décadas, siempre es necesario mantener la alerta epistemológica: cuestionarnos continuamente el modo en el que nos acercamos al mundo, en el caso del sociólogo, a una realidad social siempre cambiante y preñada de oportunidades y riesgos para los sujetos que la componen (y descomponen).

El propio Alfonso advierte sobre esta problemática y sobre la necesidad de historizar las categorías que utilizamos (Pérez-Agote, 1996), puesto que el cambiante paisaje de la realidad social "nos lleva a ver claro que ciertos universales teórico-metodológicos de la sociología no eran tales, sino que se trataba de afirmaciones válidas para una realidad social histórica concreta" (Pérez-Agote, 2012: 286). El oficio de sociólogo, más allá de los principios básicos que rigen su profesión, su ciencia, su arte, depende de su capacidad para pensarse a sí mismo en los diferentes retos que afronta en cada época.

5. BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Z., 1989, *Legislators and Interpreters*, Polity Press, Cambridge.
- Bourdieu, P., 2003, *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Anagrama, Barcelona.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J-C., Passeron, J-C., 2002, *El oficio de sociólogo*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Donzelot, J., 2007, *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Foucault, M., 2004, *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Pre-textos, Valencia.
- García Selgas, F., 2007, *Sobre la fluidez social. Elementos para una cartografía*, CIS, Madrid.
- Gatti, G., 2007, *Identidades débiles. Una propuesta teórica aplicada al estudio de la identidad en el País Vasco*, CIS, Madrid.



- Gomart, E., Hennion, A., 1999, "A sociology of attachment: music, amateurs, drug users", en J. Law y J. Hassard, *Actor-Network Theory and After*, Blackwell, Oxford, pp. 220-247.
- Latour, B., 1993, *We Have Never Been Modern*, Harvard University Press, Massachusetts.
- Latour, B., 2007, *Reassembling the Social*, Oxford University Press, Oxford.
- Law, J., 2004, *After Method. Mess in social science research*, Routledge, Londres.
- Pérez-Agote, A., 1986, *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, 2^a Edición, CIS, Madrid.
- Pérez-Agote, A., 1996, "La sociedad se difumina, el individuo se disgrega: sobre la necesidad de historizar nuestras categorías", en A. Pérez-Agote e I. Sánchez de la Yncera (Coords.), *Complejidad y teoría social*, CIS, Madrid, pp. 11-32.
- Pérez-Agote, A., 2012, "Las formas elementales de la vida religiosa: descomposición contemporánea de las ecuaciones durkheimianas", en *Política y Sociedad*, vol. 49, nº2, pp. 273-292.